



XIII CONGRESO NACIONAL DE LA COMUNION TRADICIONALISTA CARLISTA

2ª PONENCIA: LA SOCIEDAD

Ponente: Javier Garisoain

El Carlismo es un movimiento político que nació como baluarte contra el proceso revolucionario, para arropar al rey legítimo de Las Españas, para ayudarle en la reconquista del poder. El objetivo del Carlismo a lo largo de todo el siglo XIX e incluso en parte del XX era principalmente político. Se trataba, como expresa el Oriamendi, de lograr que viniera "el rey de España a la corte de Madrid".

No se planteaban los primeros carlistas -pues nacieron como movimiento de autodefensa social- la necesidad de construir sociedad porque esa sociedad -católica y tradicional- ya existía y lo único que necesitaba era respeto y protección para seguir desarrollándose en libertad. Sin embargo esta necesidad de construir -o al menos de reconstruir las partes dañadas- fue haciéndose patente a medida que el liberalismo y las ideologías subsiguientes iban arrasando la sociedad tradicional, usurpando, controlando y centralizando la auténtica vida social.

Por eso, para sustituir las aniquiladas estructuras de solidaridad comunitaria que eran los gremios, por ejemplo, surgió el catolicismo social que puso en pie el impresionante tejido de las cooperativas y las cajas. Para contrarrestar el totalitarismo estatal en la enseñanza se crearon multitud de centros educativos católicos. Son solo dos ejemplos de cómo, independientemente de la lucha propiamente política por el poder, se ha venido desarrollando en nuestra historia una contienda paralela, no menos trascendente, y también política, por la sociedad. La teoría de las dos soberanías, magistralmente expresada por Juan Vázquez de Mella, respondía a la realidad de esta doble lucha política y social.

En el momento actual, año 2018, todos los indicadores nos alejan día a día de una solución netamente política. Como don Pelayo en los inicios de la Reconquista, no vislumbramos de qué manera podría volver España a ser ella misma de modo pleno y menos aún coronada por una restauración monárquica. Sin embargo, el campo que nunca dejaremos de tener al alcance de la mano, aquel en el que también como carlistas estamos llamados a trabajar, es el campo de la política social.

Los primeros carlistas tenían prisa por recuperar para las Españas un gobierno legítimo y tradicional.

Vislumbraron con una claridad sorprendente el poder corrosivo que suponían las ideologías anticristianas. Hicieron todo lo que estuvo en su mano, fueron derrotados, y ¿quién podría decir hasta qué punto ha servido la presencia del Carlismo para aminorar, para retardar los efectos de la revolución?



Los carlistas del siglo XXI tenemos idéntica misión, aunque multiplicada, de construir, o al menos de ser levadura y sal para procurar que lo que se vaya reconstruyendo en el campo social responda al ADN original de España. ¿Qué podemos hacer en este sentido?

Lo primero que hemos de tener claro es que la sociedad española es mucho mejor de lo que leemos en los periódicos, mejor de lo que sale en la televisión, y desde luego mejor que la casta política que usurpa su voz y su representación y que está compuesta por servidores de ideologías y de intereses extranjeros. La España real, desnortada, desestructurada y desanimada, lleva a pesar de todo en su seno una inercia potente que la empuja a ser ella misma. Existe una España tradicional, formada por familias normales, por gente normal, personas que, como afirma José Javier Esparza, creen en Dios, en la familia, en la libertad y en el amor a su patria. Ese conjunto de valores antropológicos, propiamente humanos, antiideológicos, que además son inseparables y tienden a unirse en un mismo bloque coherente, son la esperanza y el baluarte último contra el que está chocando día tras día una revolución envalentonada. Y son esos valores en torno a los que habremos de organizar nosotros, los carlistas, y todos aquellos que quieran y puedan acompañarnos, la construcción o reconstrucción de una sociedad cada vez más fuerte y vital.

Entendemos por tanto que a lo que estamos llamados hoy como católicos españoles con vocación política es a alentar la creación de redes sociales, de núcleos de resistencia, de auténticas "células madre sociales" que sean capaces de reactivar una auténtica vida social desde abajo, desde cada calle y cada pueblo. Tenemos que soñar con ámbitos sociales en los que se preserve la paz social, y el bien común y que sirvan para vacunar a las nuevas generaciones contra la manipulación de las ideologías.

Las posibilidades de acción para desarrollar nuestro ya clásico lema de "Más sociedad, menos estado" son infinitas y por ello en torno a esta Ponencia quisiéramos agrupar y ordenar comunicaciones muy diversas. Tratemos de elaborar un índice provisional de posibles áreas de trabajo:

1. Las agrupaciones naturales de familias: las comunidades de vecinos, las asociaciones familiares locales, los círculos, la vivienda.
2. La vida espiritual, las parroquias y los movimientos eclesiales.
3. La formación: la escuela, los maestros, la universidad, las asociaciones de padres y de alumnos, las actividades de ocio y tiempo libre, la divulgación de la doctrina y la historia.
4. La cultura: el arte, la literatura y el mundo editorial, la moda, el ocio, la música, el folclore.
5. La economía y la empresa: las cooperativas de consumo y laborales, el comercio, los gremios, sindicatos, cofradías, mutualidades y agrupaciones laborales y profesionales, las cajas de ahorro, la empresa familiar, la distribución y el transporte.
6. La información: los medios de comunicación, internet y las redes sociales, las agencias, el control parental de los contenidos.



7. La autodefensa pura y dura frente a los abusos del poder, el socorro blanco y las cajas de resistencia, ¿las "catacumbas"?

El ámbito electoral, que por contaminación liberal se suele identificar equivocadamente con lo más típicamente político, merece un capítulo aparte. Además de las inalcanzables elecciones generales existen resquicios como el municipal en los que en teoría aún sería posible destacar en cargos públicos a representantes de una sociedad libre. Para ello parece imprescindible romper totalmente con los partidos políticos y negarse a utilizar sus métodos siquiera como herramienta táctica. En cambio sería muy interesante explorar las posibilidades que ofrecen las candidaturas independientes, especialmente en municipios pequeños, así como fomentar reformas que vayan en la línea del "diputado de distrito" o de las candidaturas personales. En este campo la relación con los partidos del sistema ha de reducirse al mínimo pues no son mas que tentáculos, organismos semiautónomos de un mismo estado cada vez más totalitario.